



| AMÉRICA LATINA Y NUEVAS FORMAS DE AUTORITARISMO

| LATIN AMERICA AND NEW FORMS OF AUTHORITARIANISM

MARÍA BELÉN GARRIDO

Katholische Universität Eichstätt/Ingolstadt, Alemania

Maria.GarridoCornejo@ku.de

Desde el inicio de la tercera ola de democratización se evidencian avances y retrocesos en el sistema democrático de diversos países de América Latina. A pesar de que a principios de los 80 finalizaron la mayoría de las dictaduras militares en la región, con excepción de Cuba, las amenazas a la democracia no desaparecieron. Las distintas crisis políticas, económica y sociales que soportó la región en los años 80 y 90 demostraron lo frágil que es el sistema democrático y abrieron las puertas a nuevas formas de autoritarismo. Estas formas empezaron a resurgir a partir de finales de los 90 en países como Venezuela, Nicaragua, Ecuador, Bolivia o El Salvador. A continuación, vamos a revisar algunos de los estudios académicos más recientes sobre esta temática.

El primer libro *Fixing Democracies: Why Constitutional Change Often Fails to Enhance Democracy in Latin America*, de Javier Corrales, profesor especialista en procesos democráticos y sistemas presidenciales de América Latina, nos brinda una explicación del rol que han tenido las asambleas constituyentes en América Latina. El autor plantea una propuesta teórica de las asimetrías del poder para entender por qué los poderes presidenciales se amplían o reducen a través de asambleas constituyentes. Esto permite deducir el por qué ciertos países tienen ahora sistemas presidenciales más autoritarios que otros. Corrales presenta algunas razones para estas asambleas, como las crisis políticas y económicas, los grados de centralización, el control sobre los militares, las prioridades de desarrollo económico, temas de género, sexualidad y matrimonio entre otras. Sin embargo, destaca que un punto común de todos los casos fue ampliar o reducir los poderes del presidente.

El autor revisa 24 intentos desde 1980 de cambiar la Constitución en América Latina. De esos, 11 fueron exitosos. Sin embargo, 13 asambleas constituyentes no concluyeron, porque el poder del presidente disminuyó en relación con la oposición. Para medir la asimetría del poder en cada proceso, el autor considera la distancia que había entre el ejecutivo y la oposición en la mesa de negociación y el nivel de aprobación que tenían los presidentes antes y durante el proceso. El autor examina su propuesta teórica a través de tres casos diferentes, con características similares, que son estar dirigidos por presidentes populistas de izquierda radical, que apoyaban el socialismo del siglo XXI. Los casos de estudio son: Venezuela con Hugo Chávez, Bolivia durante el mandato de

Evo Morales y Ecuador con Rafael Correa. Corrales explica que los presidentes aprovecharon las grandes asimetrías de poder para conseguir más beneficios en los procesos de las asambleas constituyentes hasta que se aprobaron mediante referéndum. Su análisis sobre las condiciones y mecanismos de negociación que utilizaron Chávez y Correa previo a las asambleas constituyentes para salir triunfantes de estos procesos es uno de los mayores aportes de este libro. Con estos ejemplos se ilustra cómo los resultados de las asambleas constituyentes dependen de la distribución previa del poder y durante el proceso, y no tanto de la ideología de estos gobiernos que es similar.

El autor concluye que Chávez consiguió extender su poder con este proceso. Morales logró cambios mínimos debido a la fuerte oposición, sobre todo de los departamentos del sur y el este de Bolivia. Al Ecuador lo clasificó como un caso intermedio. Aunque este último no concentró la misma cantidad de poder como Chávez, logró importantes cambios que le permitieron después abarcar más poder.

La propuesta del autor reafirma la teoría de que la acumulación de poder en manos del ejecutivo afecta a la democracia. En ese sentido, se hace necesario un análisis de uno o dos casos de cambios constitucionales en este mismo periodo en América Latina con otra corriente ideológica. Además, futuros estudios podrían integrar otros países que, en lugar de convocar asambleas constituyentes, lograron cambios con el legislativo. El autor explica este punto en el caso de México, pero su análisis solo llega hasta 1994. Sin embargo, es importante mencionar que Felipe Calderón (2006-2012) modificó 110 artículos, Peña Nieto (2012-2018), 155 artículos y que López Obrador sigue este camino. Corrales concluye su libro al destacar la importancia de una oposición fuerte en el sistema democrático, porque reduce la asimetría de poder.

El segundo libro, *La izquierda como autoritarismo del siglo XXI*, fue editado por Gisela Kozak Rovero, escritora venezolana de larga trayectoria, y Armando Chaguaceda, profesor mexicano con diversas publicaciones sobre los procesos democráticos en América Latina. El texto cuenta con la colaboración de reconocidos académicos de distintas áreas. Si bien su título da la impresión de compilar análisis de varios países, la mayoría de estos se concentran en Venezuela. Una comparación con otros casos pudo, sin duda, haber enriquecido la discusión sobre cómo se ha expandido este tipo de autoritarismo en la región.

El libro se divide en tres partes. La primera es “Genealogía de las izquierdas antiliberales”; ahí los autores analizan cómo la izquierda se aleja del liberalismo y se acerca al autoritarismo. Miguel Ángel Martínez Meucci, profesor de Estudios Políticos de la Universidad Austral de Chile, explica en el capítulo “El callejón sin salida de las izquierdas antiliberales”, cómo ciertas ideas marxistas han desembocado en una izquierda radical. Por su parte, Colette Capriles, politóloga venezolana advierte en el texto “Ser de izquierda es ‘ser bueno’” que su versión radical podría terminar siendo “un relato de justificación de la opresión con la misma pretensión de verdad” (p. 69). El tercer texto, de Roger Bartra, conocido académico mexicano, explica bajo el título “Populismo y autoritarismo en América Latina”, que las diversas condiciones de la modernización y expansión del capitalismo en América Latina han sido un caldo de

cultivo para el populismo en la región, el cual considera como una cultura política donde “podemos reconocer hábitos autoritarios, mediaciones clientelares, valores anticapitalistas, símbolos nacionalistas, personajes carismáticos, instituciones estatistas y, muy especialmente, actitudes que exaltan a los de abajo, a la gente sencilla y humilde, al pueblo” (p. 84). Su principal aporte es resaltar que el populismo autoritario puede ser tanto de izquierda como de derecha, y sin profundizar destaca que este es en México uno de los más antiguos de la región. Esta primera parte se cierra con el texto “Una izquierda sin sujeto o de la dictadura de clase a la deriva populista” de Erik del Bufalo, quien prosigue la discusión sobre la estrecha relación entre populismo, izquierda radical y autoritarismo. Para él, los populistas se aprovechan de las condiciones de pobreza con el fin de legitimar la necesidad de un Estado revolucionario y utilizan un discurso emancipatorio. Bufalo, además, explica que las formas de representación clásica están en crisis, especialmente en los partidos políticos y en el uso que dan los populistas a la Constitución, “como la certificación de una demanda originaria que les legitima” (p. 106). En este último punto, el aporte de Corrales de las asambleas constituyentes es ejemplificador, aunque no haya sido mencionado por Bufalo.

En la segunda parte del libro, titulada “Gobiernos de izquierdas en América Latina: prácticas autoritarias”, escriben tres autores muy distinguidos en sus áreas de estudio. Carlos de la Torre, profesor de la Universidad de la Florida con diversos escritos académicos sobre populismo, los procesos de democratización y el autoritarismo nos presenta el texto “La izquierda seducida por el populismo”. El autor empieza con una crítica a Laclau en su distinción sobre el populismo reaccionario y excluyente usado por las élites de derecha y el populismo emancipador como es el del socialismo. Para De la Torre ambos son anti-institucionales, porque desplazan a la democracia hacia el autoritarismo. Los dos desconocen el pluralismo, limitan la libertad de expresión, de asamblea, la autonomía de la sociedad civil del Estado y eliminan la separación de poderes. Todos estos aspectos básicos para una democracia participativa. Este académico aclara los diferentes caminos a los que los populistas y fascistas recurrieron para imponer sistemas autoritarios. Así, los populistas no abolieron las elecciones como hicieron los fascistas, pero “crearon canchas electorales desiguales” con el fin de ganar. Además, los populistas no usaron la violencia para eliminar a sus enemigos, pero regularon la esfera pública y limitaron la crítica, porque “educaron” al pueblo y personalizaron el poder del Estado en el líder. Sin embargo, muchos movimientos sociales los enfrentaron a ellos y a su modelo autoritario.

El texto es uno de los pocos capítulos comparativos del libro y explica algunas similitudes y diferencias de los tres casos donde se implementó el socialismo del siglo XXI: Venezuela, Bolivia y Ecuador. De la Torre expone primero las visiones opuestas que existen sobre Chávez. Por sus seguidores es visto como antioligárquico, defensor de los recursos petroleros, cuyas ganancias las redistribuyó entre los pobres; y sus críticos ven en él a un autócrata. En el caso de Morales, destaca la diferencia en cómo los pueblos indígenas conciben la democracia liberal y la comunitaria. Para el ex mandatario, los valores de solidaridad comunal, igualdad y la búsqueda del consenso son diferentes

que los principios individualistas en que se sustenta la democracia liberal. De este modo, Morales critica a esta última, ya que la democracia comunitaria se basa en los principios de reciprocidad, en la deliberación para la toma de decisiones, en la obligación de asumir puestos de poder y responsabilidad, y en la rotación de los cargos, que estaría más cerca de la cultura de los pueblos indígenas de Bolivia. Sin embargo, De la Torre señala cómo, en la práctica, para muchos, no hubo realmente deliberación, sino más bien imposición en el proceso, es decir, no se dio una democracia comunitaria sino el autoritarismo. De la Torre resalta algunos logros del ex presidente, como el incremento de la participación indígena en los cargos políticos: “Por ejemplo, de los 72 representantes del MAS en el Congreso del 2006, 43 fueron indígenas. De los 12 senadores 3 fueron indígenas” (p. 132). En el caso de Ecuador, explica el cambio de discurso del correísmo previo y luego de acumular más poder. Antes de asumir el mandato defendieron la necesidad de respetar los recursos naturales, pero después de varios años se permitió la minería abierta, contradiciendo los principios del Sumak Kawsay o Buen Vivir. Con el fin de ganar más electores redujo la edad mínima que deben tener los votantes a 16 años. Además, otorgó el derecho al voto a extranjeros residentes en el Ecuador.

Entre las principales distinciones de estos tres casos de estudio es que Chávez promovió instituciones participativas y Correa no lo hizo. De igual forma el poder de Morales se asentó en gran parte en los movimientos sociales, pero en el caso de Correa, buscó cooptarlos y someterlos. Sin embargo, las similitudes fueron más que las diferencias porque los tres ex presidentes usaron las leyes y cortes de justicia para silenciar a rivales y críticos. Esto permitió el control y la regulación de los medios. De igual forma lo hicieron con las ONG, mediante un lenguaje ambiguo en las normativas. Tanto en Ecuador como Venezuela hubo el Congreso.

El segundo texto de esta sección es *Rusia, Venezuela y el ALBA, compartiendo malas prácticas para el control de la información y de la sociedad civil* de Iría Puyosa. La autora venezolana tiene varias publicaciones sobre regímenes autoritarios y comunicación política. Aquí, ella hace un análisis de los mecanismos de control de la información entre regímenes híbridos o en autoritarismos del siglo XXI como Rusia, Venezuela y los países del grupo del ALBA. Sin embargo, su trabajo compara los dos primeros y brinda poca información respecto a los países que conforman el ALBA. ¿Qué incidencia tuvieron esos países? ¿Fueron simples receptores o también colaboraron en la producción, elaboración y difusión de este tipo de información?

Puyosa, al igual que varios autores mencionados en esta reseña, señala como característica común que estos procesos surgen cuando los partidos políticos son débiles y fragmentados y que buscan restringir las acciones de la sociedad civil. Para la autora, durante los primeros años de mandato estos gobiernos buscan minimizar los centros de poder autónomo, incluyendo el poder judicial, los medios de comunicación e información limitando el pluralismo y la posibilidad real de competir por el poder.

El principal aporte de Puyosa es explicar cómo las políticas del socialismo del siglo XXI se han difundido a través de tres vías. La primera es la hegemonía, donde países “lí-

deres” son el ejemplo. La segunda es la tecnocracia, que justifica los cambios políticos y legales. La tercera es la burocracia, que permite la implementación de las políticas autoritarias. Puyosa advierte que estos países se protegen entre sí ante organismos internacionales, promueven la creación de organismos regionales y apoyan movimientos políticos o personas afines. Por ejemplo, Chávez lo hizo Cristina Fernández de Kirchner, Andrés Manuel López Obrador, Evo Morales, Rafael Correa, Ollanta Humala y Daniel Ortega. Además, él financió PetroCaribe, Petrosur y la constitución del ALBA. Este último fue “el espacio de intercambio de la comunidad epistémica en la que los presidentes y funcionarios de los gobiernos de la ‘marea rosada’ definieron conjuntamente las estrategias y las políticas públicas del llamado ‘socialismo’ del s. XXI” (p. 153). El intercambio de asesores políticos y consultores comunicacionales entre estos gobiernos permitió aplicar similares políticas en diferentes países.

Puyosa explica el modelo de control comunicacional autoritario de Rusia con RT y en América Latina a través de Telesur. Para ella, el objetivo de estas cadenas de televisión es resaltar los logros de estos regímenes, cuestionar los de Estados Unidos y Europa, atacar los valores de la democracia liberal y propagar a nivel global el socialismo del siglo XXI. En este texto se menciona que Morales, Correa y Chávez buscaron acabar con el poder de los medios privados y para eso crearon un conglomerado que incluía canales de televisión, radio, diarios, medios digitales y agencias de noticias que estaba alineadas con la política del gobierno.

Finalmente, la autora presenta que Internet es un espacio de guerra comunicacional y señala algunas estrategias de desinformación que utilizan los gobiernos. Entre las cuales están “tácticas de desestimación, distorsión, distracción y desaliento” (p. 166). El texto sobresale por la explicación sobre los usos de los medios de comunicación para limitar la democracia. Es lamentable que en este libro no se considere al gobierno de Ortega en Nicaragua, porque hubiera contribuido con una perspectiva, aunque sea pequeña, sobre estos procesos en Centroamérica.

El último texto es “Ciencias Sociales y humanidades en Cuba: ‘Parametrización’ y despolitización” de Yvon Grenier, profesor de Ciencias Políticas con diversas publicaciones sobre Cuba. En su texto, Grenier indica que la Ciencia Política como disciplina académica desapareció, con el fin de despolitizar a la sociedad y cohibir la discusión política en la isla. Esto fue posible a través de lo que se conoce en Cuba como la “parametrización”, las limitaciones oficiales a las expresiones públicas de parte de la academia. El título de politólogo en Cuba, no es por su formación como tal, sino que representa el privilegio de poder hablar de política en un marco institucional vigilado. Este texto sirve de introducción para la siguiente parte, donde se analiza el rol de la academia con respecto a estos gobiernos.

La última sección tiene cinco capítulos y se centra en el papel de los intelectuales, la academia y su militancia en el caso de Venezuela. A este país lo toman como ejemplo para demostrar los diferentes niveles en que se busca posicionar al socialismo del siglo XXI. El primer texto es “Chavismo e intelectuales de izquierda en Venezuela. Una exploración”, de Margarita López Maya, profesora venezolana. En él se busca demos-

trar la relación de los intelectuales de izquierda venezolanos con el chavismo. Para eso considera las características del pensamiento de izquierda en América Latina y los resultados de una encuesta a un grupo de intelectuales. El objetivo es conocer las opiniones sobre Chávez y Maduro como líderes de izquierda. López Maya empieza con una clara y breve cronología de la izquierda a nivel mundial, para después ubicarla en el contexto latinoamericano y explicar sus matices. Ella señala que el coloniaje europeo y la hegemonía estadounidense en el siglo xx incidieron en su desarrollo. López Maya analiza los trabajos de dos pensadores de América Latina: Svampa, intelectual de la izquierda argentina, y el colombiano Arturo Escobar. A través de ellos busca cubrir ese amplio espectro de intelectuales de izquierda de América Latina. Un difícil trabajo de selección que deja al lector con la inquietud sobre las contribuciones de otros académicos reconocidos en la región. Lamentablemente, la poca participación en la encuesta no la hace representativa. Sin embargo, los resultados evidencian el distanciamiento con el madurismo, debido a que ese gobierno se alejó de los principios planteados por Chávez en los primeros años de su mandato.

Posteriormente, López Maya subraya el rol notable de intelectuales de izquierda en la era chavista. Sin embargo, desde el 2007, con la postura autoritaria de Maduro, se radicalizó el proceso y la intolerancia a un pluralismo político provocó el distanciamiento, incluso en sus propias filas.

El segundo texto “Fascinaciones jacobinas. La ‘revolución bolivariana’ venezolana y el chavismo francés” de Paula Vásquez Lezama, socióloga y antropóloga radicada en Francia con varias publicaciones sobre Venezuela, nos presenta la visión de los círculos académicos del proceso chavista en Francia, es decir, la imagen del chavismo desde afuera. La autora relata la lucha que significa para los venezolanos en el exterior presentar una visión distinta y de oposición. Vásquez muestra fuertes reparos ante las publicaciones de Thomas Posado, porque “es el tipo de trabajo y declaraciones sistemáticas a la prensa y medios audiovisuales franceses que van construyendo al mito del chavismo” (p. 233); y de otros autores que buscan borrar los avances de la izquierda no chavista en la historia venezolana o que tergiversan las acciones del gobierno para defenderlo y no criticarlo.

En el tercer texto, “Venezuela revolucionaria: una ficción de la academia militante”, de Gisela Kozak Rovero, se desapruueba el trabajo de diversos académicos de universidades y miembros de partidos de izquierda. Ellos contribuyen a la campaña internacional, especialmente para el público europeo y de Estados Unidos, de las bondades del socialismo del siglo XXI en lo político, económico y cultural. Kozak Rovero los denomina un “militante disfrazado de académico”.

El cuarto texto, escrito por Armando Chaguaceda y Carlos Torrealba, bajo el título de “Venezuela: cambios políticos y posicionamientos intelectuales”, considera el rol de dos organizaciones reconocidas de estudios latinoamericanos. Estas son el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Latin American Studies Association (LASA). Ellos reflexionan su posicionamiento frente a la crisis venezolana en los últimos años. Para eso analizan las declaraciones del Comité Directo de CLACSO y

del Comité Ejecutivo de LASA y las posiciones de intelectuales que participaron en estas organizaciones. Los autores concluyen que CLACSO evita sancionar directamente la violencia de las fuerzas de seguridad estatales venezolanas. En su lugar resaltan las conquistas del chavismo. En el caso de LASA, presentan dos posiciones: la del Comité Ejecutivo, el cual muestra prudencia y evita parcializarse; y la de los miembros de los estudios venezolanos de LASA, que recalcan su solidaridad con la oposición al gobierno de Venezuela reprobando la actitud del Comité Ejecutivo. Así, estos dos autores reclaman investigaciones más rigurosas y serias que “eviten caer en la polarización, pero sin timidez o extrema prudencia para argumentar algún punto que *quede mal* con algún polo” (p. 304).

El último texto de esta sección lo escribe Juan Cristóbal Castro, profesor colombiano, con el título “Historia de un símil: Renzi ante la revolución bonita”. Este texto analiza la postura del escritor argentino Ricardo Piglia frente a la decisión de varios autores venezolanos de no participar por razones políticas en el concurso para el premio de novela Rómulo Gallegos del año 2011. Castro censura la posición tomada por Piglia porque solo contribuye al binarismo polarizador que hay en varios países de América Latina. Desde esa visión todo lo cercano a las élites y al neoliberalismo es malo y lo cercano al pueblo y populismo de izquierda es bueno y demócrata.

En el epílogo, Armando Chaguaceda indica que la izquierda autoritaria acaba en un conservadurismo postcomunista. Para él, en Venezuela y Bolivia la mezcla de populismo, nacionalismo y estatismo radical aniquilaron los principios emancipadores que buscaron en sus inicios, y se convirtieron en gobiernos enajenantes y opresivos. Chaguaceda, sin embargo, recalca que con la social democracia es posible alcanzar una sociedad más justa y sería la salida para la izquierda no radical.

El siguiente libro lleva de título *Crónicas del socialismo XXI* y lo escribieron Andrés Ortiz Lemos, profesor ecuatoriano de la Universidad Central, y Luis Espinosa Goded, profesor español de la Universidad San Francisco, ambas ubicadas en el Ecuador. El libro en sí no es una crónica, en el sentido histórico, sino que se limita a relatar cómo se desarrolló el socialismo del siglo XXI en el Ecuador. Este texto se divide en dos partes: en la primera Ortiz Lemos explica cómo el correísmo intentó implementar el socialismo del siglo XXI. Este término lo acuñó Heinz Dietrich, pero para el autor es más una aplicación de las propuestas de Gramsci.

En la segunda parte del texto, Espinosa argumenta que el modelo correísta fue en realidad socialista. Esto se reflejaría en su Plan Nacional del Desarrollo o del Buen Vivir (Sumak Kawsay), término que rechaza por ser más indigenista y no representar a todos los ecuatorianos. A continuación, recalca el sistema academicista de ese gobierno: “una de las características más definitorias del correísmo fue su academicismo, la pretensión de gobernar el Ecuador aplicando teorías ‘científicas’ o con criterios técnicos” (p. 87).

Para ambos autores, los gobiernos de Morales, Chávez, Maduro y Correa buscan poner en práctica el socialismo del siglo XXI, pero ellos también incluyen a los gobiernos de Kirchner y de Lula da Silva en este grupo. Sin embargo, no sustentan

dicha categorización para estos dos últimos casos. Un análisis profundo al respecto o comparación resulta necesario.

Ortiz señala que, en la campaña presidencial, Correa se presentó como *outsider* y se aprovechó de las debilidades del sistema democrático para pisotearlo. Ya en el poder, Ortiz explica en forma cronológica los cambios que permitieron que Correa concentre más poder. Esto lo hizo primero con una consulta popular cuyo mandato era redactar una nueva Constitución. Después se destituyó a los congresistas elegidos en las elecciones de 2007 y a los miembros de Tribunal Supremo Electoral (TSE). Esta coartada le abrió la oportunidad de conformar un Consejo Nacional Electoral (CNE) transitorio, quien eligió a los miembros del nuevo Consejo de Participación Ciudadana y Control Social (CPSCC), el cual se creó con la nueva Constitución del 2008. Este organismo elige a funcionarios clave del Estado como miembros del CNE, contralor general, superintendentes, fiscal general, entre otros. Con el control de los organismos electorales y algunas reformas lograron limitar el gasto electoral de los partidos políticos. Ortiz aclara que de esto estuvo excepto el gobierno.

¿Qué significó eso para la democracia en el Ecuador? Ortiz lo señala al detalle. Por un lado, eliminaron a partidos políticos de oposición. Además, dificultaron consultas de iniciativas ciudadanas como “Yasunidos” (colectivo que buscaba frenar la explotación petrolera en una zona de alta biodiversidad en la Amazonía ecuatoriana). También aprobaron un cambio en el sistema de conteo de votos para assembleístas, lo que favoreció a los partidarios del gobierno. Sin olvidar que, en todas las elecciones convocadas por Correa, el padrón electoral incluía a más de un millón de personas fallecidas, pero habilitadas para votar.

Por otro parte, el poder legislativo (llamado desde entonces Asamblea Nacional) ya no era un contrapeso del ejecutivo. La nueva Constitución limitó el poder de la Asamblea entregándole a la Corte Constitucional la capacidad de deshacer todo lo hecho hasta entonces por los congresistas. Con la mayoría en la Asamblea, Correa controló casi todos los organismos del Estado.

De la función judicial se apoderó en 2011 mediante un plebiscito para nombrar un Consejo de la Judicatura transitorio. Este órgano eligió a los nuevos jueces y conjuces, los cuales fueron afines al correísmo, incluyendo los de la Corte Nacional de Justicia. Así se garantizó la impunidad en el ámbito judicial.

Ortiz recalca a lo largo del libro las similitudes de mecanismos que Correa y Chávez utilizaron para concentrar el poder. Por ejemplo, ambos llamaron a una Asamblea Constituyente a través de una consulta popular; de igual manera crearon un quinto poder. Además, deja claro que la concentración de poder es por “una culpa compartida: organizaciones, partidos y movimientos apoyaron la apropiación de las instituciones políticas. Básicamente todos los partidos y movimientos de izquierda en Ecuador apoyaron el texto constitucional de 2008 y realizaron llamamientos públicos a confirmarlo en referéndum” (p. 43).

A pesar de que después, el movimiento político Pachacutik y la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) fueron críticos con el correísmo,

para el autor estas organizaciones no cuestionaron la toma arbitraria de las instituciones políticas. Esto refleja las débiles democracias que tienen estos países y que hace tan vulnerables a que caigan en manos dictatoriales, con la misma ayuda de otros miembros.

Por su parte, Espinosa centra su análisis en los diez años que estuvo Correa en el poder para indicar los resultados económicos que tuvo el socialismo del siglo XXI en ese país. El autor presenta datos estadísticos que demuestran que la pobreza y extrema pobreza en el Ecuador se redujeron: “el nivel de pobreza en Ecuador era de 39,5% en 2006 y en 2016, de 22,9% y el nivel de pobreza extrema pasó de 16,9 en 2006 a 8,7 en 2016” (p. 118). Para este autor, dicho cambio puede “ser resultado de la entrega de las transferencias condicionadas y la dependencia de muchas familias a la perennidad de estas” (p. 118). De esto se desprende en cierta manera el triunfo de Lenin Moreno en el 2017 y la alta votación que alcanzó Andrés Arauz en la segunda vuelta en el 2021. El libro en general describe bastante bien al sistema correísta. Sin embargo, una explicación de cómo se forman estas masas clientelares hubiera sido un aporte importante.

Por otro lado, un tema que los autores no mencionan, pero que es trascendental, son todas las reformas legales e institucionales realizadas con respecto a las Fuerzas Armadas y a la Policía Nacional. ¿Qué efectos tuvo la modificación en la misión constitucional de la fuerza pública? ¿En qué medida afectó a ambas instituciones perder el fuero de corte? Son preguntas que sin duda quedan en deuda con el lector.

El cuarto libro tiene como título *Bolsonaro, la democracia en peligro en Brasil*, escrito por Ariel Goldstein. El autor, que es doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, analiza la presencia del autoritarismo de derecha en América Latina. Goldstein examina las diversas causas para que un candidato conservador ganara las elecciones presidenciales, después de que hubo varios gobernantes de izquierda en el Brasil. Bolsonaro empezó su periodo en 2018 y esta publicación se divulgó al poco tiempo de su posesión. Por este motivo el estudio se enfoca en la candidatura más no en el desempeño de su gobierno.

No obstante, el ascenso de Bolsonaro tiene varias características comunes con las descritas en los otros libros de esta reseña. Una de ellas es aparecer como *anti-establishment* u *outsider*. Otra es aprovechar la crisis de los partidos políticos y del sistema, las denuncias de corrupción e intentar ser el “mesías político”. A diferencia de los presidentes del socialismo del siglo XXI, Bolsonaro, como indica Goldstein, tuvo el apoyo de la mayoría de las congregaciones protestantes, cuyo poder político se ha incrementado en Brasil.

El autor menciona algunas razones del triunfo de Bolsonaro. Una fue que consiguió el apoyo de cuatro grupos: los militares, los evangélicos, los ruralistas –quienes tenían miedo al Movimiento de los Sin Tierra– y los empresarios, los cuales querían continuidad a la política de Temer. Por otro lado, indica los motivos que afectaron a los partidos de izquierda para perder el apoyo de la clase media. Uno se relaciona con el elitismo social de Brasil, que explica en parte, por qué este país fue el último en el continente en abolir la esclavitud y en otorgar el derecho al voto de analfabetos, en 1988.

Algunas acciones de Lula, como la reglamentación del servicio doméstico, no fueron bien aceptadas por la clase media. De igual manera, el sistema de cuotas en las universidades para negros e indígenas afectó los privilegios de clase. Los altos niveles de inseguridad y las promesas de Bolsonaro de solucionar este problema, atrajeron el voto de muchas personas tanto de la clase media como de la alta sociedad brasileña. La situación económica tuvo un rol importante. El ajuste económico que realizó Dilma Rousseff incidió en sus niveles de aprobación. La crisis económica afectó el pacto social que había logrado Lula entre empresarios y trabajadores. El discurso antichavista y el peligro que podría implicar el socialismo en Brasil alejó a estos votantes de los partidos de izquierda y contribuyó al triunfo de Bolsonaro.

Goldstein sostiene que para el 2013 la frustración de las expectativas de ascenso social aumentó. Nuevos movimientos y figuras juveniles que no se identificaban con las políticas de Dilma Rousseff contribuyeron a la polarización política y social, que desde el 2013 era evidente y que Bolsonaro aprovechó. Finalmente, el escándalo de Lava Jato y otros casos de corrupción afectaron la imagen de la izquierda, de la cual se dijo que era corrupta y hasta se la expuso como una organización criminal. Esto permitió que la discusión se centrara en el tema de la corrupción y el debate sobre la desigualdad social y económica pasara a segundo plano.

Aunque Goldstein no analiza el mandato de Bolsonaro, sí considera algunos cambios en el gobierno de Temer que permitieron que Bolsonaro reprimiera después a los movimientos sociales. Por ejemplo, el nombramiento del militar Sergio Etchegoyen como jefe de Gabinete de Seguridad Institucional. Él fue defensor de la intervención federal militar en la seguridad de Río de Janeiro. También la designación del general Joaquim Silva e Luna como ministro de Defensa, puesto que desde el regreso a la democracia lo ocuparon civiles. Además, la creación de una fuerza de tareas de inteligencia conformada por policías, militares y agentes civiles que amplió el poder de las Fuerzas Armadas en la política. Sin embargo, el autor no detalla cómo estos cambios se relacionan con la represión posterior a movimientos sociales de parte del gobierno de Bolsonaro.

Algo que resulta muy interesante en Brasil al igual que en muchos países latinoamericanos es el alto prestigio de las Fuerzas Armadas, a pesar de los crímenes ocurridos durante las dictaduras. A esto se le debe sumar el deseo de una parte de la población que prefiere un gobierno autoritario, lo que refleja que el problema de democracia en varios países de la región no solo está en el aspecto formal de las instituciones, sino que se encuentra inserta en los miembros que conforman esa sociedad y que, como indica Goldstein, los políticos aprovechan la necesidad de varios sectores de la población por encontrar “una visión mesiánica, redentora y simplista de la política, que cree en salvadores a partir de los cuales todo el ‘mal’ desaparecerá mágicamente” (p. 154).

Esto explica el éxito del populismo en tantos países. En el libro sobre Bolsonaro no se hace lamentablemente una autocrítica sobre los procesos de izquierda en el Brasil, y tampoco establece que el autoritarismo puede ser con un gobierno de derecha o de

izquierda. Más bien se centra en los males que ha implicado un gobierno de derecha de carácter neoliberal con propuestas autoritarias.

El último texto escogido para esta reseña no es tan reciente como los anteriores aquí mencionados. Sin embargo, aborda un tema poco tratado por académicos de América Latina, que es la presencia de militares en gobierno democráticos y sus efectos en estos países. El autor, Brett J. Kyle, escribió una versión editada y un poco más corta de su tesis doctoral obtenida en la Universidad de Wisconsin. En el libro *Recycling Dictators In Latin American Elections: Legacies of Military Rule* se analiza la participación de militares, quienes colaboraron con las dictaduras de sus respectivos países y que después se postularon como candidatos a presidentes en el periodo democrático.

Kyle considera cuatro casos de estudio: Chile, Argentina, Guatemala y El Salvador, donde se registraron las dictaduras más sangrientas en los años 70 en América Latina. En el caso de Chile y Argentina el autor concluye que hubo poca presencia de militares en el periodo democrático posterior, a diferencia de Guatemala y El Salvador, donde la participación fue muy alta. Su estudio también considera a militares que fueron candidatos a presidente entre 1978 y el 2011 en 12 países de Centroamérica y América del Sur. De acuerdo con el autor, solo el 10% de los más de 600 aspirantes en este periodo fueron militares, de los cuales solo 7 de 63 candidatos militares ganaron en las urnas.

Kyle establece una tipología de los militares que continuaron en la vida política. Al primer grupo lo denomina “heredero del régimen”, e incluye a todos los militares que utilizaron un partido en la transición democrática para postularse. El segundo tipo son los “oficiales pícaros”, que provocaron una revuelta en los cuarteles e intentaron o dieron un golpe de Estado y después integraron las listas electorales. El tercero es el “caudillo demócrata”, que busca la presidencia de a poco. Empieza compitiendo para dignidades de elección popular. Por ejemplo, para alcalde, legislador, senador, y funda un partido con el que quiere ganar la presidencia. Esta clasificación incluye a militares que participaron en elecciones presidenciales y en otros puestos públicos de representación.

El autor concluye que la continuidad democrática en un país depende de la experiencia previa de los gobiernos militares y el desempeño de estos. Así, en Chile y Argentina se permitió que se desarrollaran partidos políticos independientes y pocos militares continuaron por ese camino. En contraste, en Guatemala y en El Salvador, las prácticas democráticas y la independencia de los partidos políticos del control militar fueron mínimas, lo que permitió un mayor número de militares en el poder. En el libro se detalla el proceso de cómo ex militares se postularon como candidatos en diversos países de América Latina, pero no se profundiza en las tipologías presentadas. La presencia de militares en la región no se ha limitado a la carrera presidencial. Sería pertinente un estudio más detallado al respecto con el fin de comprender mejor este fenómeno, porque como el mismo autor indica, no solo se da en los países de América Latina, sino en otras regiones donde la democracia está poco institucionalizada.

Kyle recalca un tema transversal de varios países de América Latina, que es el valor instrumental que se le da a la democracia: “Si el Estado puede proveer, entonces la democracia está funcionando” (p. 53). El autor concluye que, a pesar de esto, el por-

centaje de militares que buscan regresar al poder a través las urnas es muy bajo. No obstante, populistas de izquierda y de derecha se aprovechan de estas débiles democracias para llegar al poder y posteriormente establecer sistemas autoritarios.

Estos estudios, sin duda, contribuyen a entender que el autoritarismo está presente en la región. En tres de los cinco libros aquí reseñados, el de Goldstein, Kozak Rovero y Chaguaceda, y el de Ortiz y Espinosa el sesgo ideológico está presente. La autorreflexión sobre el rol que tuvieron los líderes y partidos políticos de la ideología opuesta no es considerada en su análisis. No cabe duda de que estos textos contribuyen a identificar los mecanismos utilizados para concentrar el poder, determinar las semejanzas del populismo y las debilidades del sistema democrático en esos países.

Antes de terminar me gustaría señalar algunos campos futuros de investigación. Por ejemplo, estudios sobre cómo el socialismo del siglo XXI se desarrolló en Nicaragua u otros países con ideologías afines que permitan posteriores comparaciones. Por otro lado, el ascenso de Nayib Bukele en El Salvador y el tipo de autoritarismo que ha implementado en ese país desde el 2019 podría presentar otra forma más cercana a la derecha. Un caso tampoco abordado en los textos es el gobierno de Manuel Zelaya en Honduras, al cual algunos lo etiquetaron como perteneciente al socialismo del siglo XXI por su cercanía a Chávez.

TÍTULOS RESEÑADOS

- Corrales, Javier. 2018. *Fixing democracies: Why Constitutional Change Often Fails to Enhance Democracy in Latin America*. Oxford: Oxford University Press. 259 páginas.
- Goldstein, Ariel. 2019. *Bolsonaro, la democracia en peligro en Brasil*. Buenos Aires: Marea. 296 páginas.
- Kozak Rovero, Gisela/Chaguaceda, Armando (eds.). 2019. *La izquierda como autoritarismo del siglo XXI*. Buenos Aires/Guanajuato/Ciudad de México/Caracas: Fundación Cadal/Universidad de Guanajuato/Centro de Estudios Constitucionales Iberoamericanos AC/Universidad Central de Venezuela/Facultad de Humanidades y Educación. 356 páginas.
- Kyle, Brett J. 2016. *Recycling Dictators in Latin American Elections: Legacies of Military Rule*. London: First Forum Press. 267 páginas.
- Ortiz Lemos, Andrés/Espinosa Goded, Luis. 2019. *Crónicas del Socialismo XXI*. Quito: Libre Razón. 141 páginas.

| **María Belén Garrido** es estudiante de doctorado de la Universidad Católica de Eichstätt/Ingolstadt, Alemania. Tiene una maestría en Estudios de Paz y una licenciatura en Sociología con Mención en Ciencias Sociales aplicada a las Relaciones Internacionales. Ha trabajado por varios años como investigadora y docente de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y como investigadora para la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Ecuador. Su área de interés y sus publicaciones versan sobre paz y conflicto con especial enfoque en movimientos de resistencia civil en contexto de conflicto armado y en democracias híbridas. Ha facilitado capacitaciones en educación para la paz, comunicación no violenta, mediación, resolución de conflictos y acciones de resistencia civil.